

LA FILOSOFÍA POÉTICA DE MIGUEL DE UNAMUNO

ALICIA VILLAR EZCURRA¹

RESUMEN: A pesar de que Miguel Unamuno fue poco partidario de etiquetas y clasificaciones, él mismo calificó a su filosofía como poética. En este artículo, recogiendo referencias no solo de *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* sino también de diversos escritos dispersos en distintos volúmenes de su obra completa, se reflexiona sobre las características más importantes de su vinculación de la filosofía con la poesía en fondo y forma. Asimismo, se analiza la ética que Unamuno desprende de su sentimiento trágico de la vida.

PALABRAS CLAVE: Unamuno; filosofía poética; sentimiento trágico; ética.

The Poetic Philosophy of Miguel de Unamuno

ABSTRACT: In spite of his dislike of labels and classifications, Unamuno described his philosophy as poetic. In this article, collecting references not only from *Tragic Sense of Life* but also from various writings scattered in different volumes of his complete works, we reflect on the most relevant characteristics of his link between philosophy and poetry in substance and form. Likewise, the article analyzes the ethics resulting from Unamuno's tragic feeling about life.

KEY WORDS: Unamuno; poetic philosophy; tragic feeling; ethics.

A Isabel Romero, excelente compañera y amiga, sentidora de los problemas esenciales, y que sabe descubrir y hacer descubrir la filosofía líquida en nuestra Literatura, con gratitud.

«No soy un intelectual, soy un pasional» («A mis lectores», OC III, 393)

Pocos autores españoles contemporáneos han sido tan prolíficos como Miguel de Unamuno, no sólo por la extensión de sus escritos, sino también por la diversidad de géneros cultivados: el ensayo, la novela, el cuento, la poesía, el teatro, la correspondencia, expresando sus preocupaciones esenciales

¹ Universidad Pontificia Comillas. Correo electrónico: avillar@comillas.edu.

de múltiples formas. A ello hay que sumar innumerables artículos y discursos, dado el papel que ejerció como intelectual en un momento muy crítico y grave en la Historia de España. Señalaba que todo autor que escribe mucho se repite mucho, de modo que sus obras, a pesar de su aparente variedad, no eran más que un solo y mismo pensamiento fundamental que va desarrollándose de múltiples formas, en su caso el ansia de más vida («Soliloquio», 1968, p. 399).

No es fácil interpretar su obra, pues aborrecía que le etiquetaran, clasificaran o encorsetaran su pensamiento, y cuando le reprochaban que se contradecía, lejos de defenderse declaraba: «soy por definición un paradojista» («Sobre mí mismo», 1970, p. 303). Para Unamuno las paradojas son hijas de la pasión, surgen de su sentimiento de las antítesis, y son una forma de agitar las conciencias, despertándolas del sueño de la inconsciencia, misión que se habría propuesto como escritor.

No es de extrañar que no fuera un filósofo académico al uso, ni que fuera solo un intelectual, sobre todo fue un sentidor de los problemas esenciales, un pasional, que derivó de su sentimiento trágico de la vida a toda una concepción de la vida misma («A mis lectores», 1968 b, p. 393). En sus palabras sobre su propia filosofía resuenan las razones del corazón de Pascal, como se aprecia en su carta a su amigo Víctor Said, de diciembre de 1904:

Hago poesía filosófica o filosofía poética, y proclamo que si para adquirir la verdad apariencial basta la lógica, para la verdad sustancial es menester la *cardíaca*. Porque la verdad no es lo que hace pensar, sino lo que hace vivir. (Unamuno, I, 1991, p. 175)

¿En qué se tradujo su filosofía poética? ¿Por qué una filosofía poética? ¿Cuál es la verdad que nos hace vivir a la que alude en el texto citado? ¿Cómo llegar a la realidad inasequible a la razón por medio de la «cardíaca»? En su escrito «En mi viejo cuarto», de 1909, confesaba Unamuno que la vida le había hecho lírico (1970, p. 266) y a partir de determinado momento pensó sintiendo y sintió pensando, como confesó en su *Credo Poético*, pensó poéticamente ahondando en sus propios sentimientos. Parece obligado referirse brevemente a la trayectoria de Don Miguel, pues como él mismo indicó la íntima biografía de los filósofos es la que más cosas nos explica (1969, p. 109).

El joven Unamuno, admirador del positivismo de Spencer y del idealismo de Hegel, perdió la fe religiosa en la época de sus estudios universitarios. Lector voraz, de 1890 a 1902 leyó de todo: de psicología fisiológica, de física, química, fisiología, biología, hasta de matemáticas. Después de sus crisis de 1897, año de intenso sufrimiento, quiso recuperar la fe y abrir las puertas al misterio. Los años sucesivos serán de búsqueda amorosa, expresada en

su *Vida de don Quijote y Sancho*, una filosofía a la española, y en el *Tratado del amor de Dios*, transformado con el tiempo en *Del sentimiento trágico de la vida*. Para poder superar el dolor que brotaba de la escisión entre su razón y su sentimiento, a propósito de su deseo de pervivencia, hurgó en sus propias llagas. Encontró la principal en la conciencia de la vanidad final de todo («Las dos nubes», 1971, p. 1335), tema esencial sobre el que giró su filosofía del «hombre de carne y hueso». Sentimiento y razón libraron batalla en su espíritu, y se expresaron en lo que llamó monodialogos, diálogos con los distintos «yoes» que convivían en él (Prólogo a *San Manuel, Bueno, mártir*, 1967, p. 1118). Calificó a su filosofía como poética, pues percibir la vanidad del mundo, el cómo pasa, y también el amor, para Unamuno son las dos «notas radicales y entrañadas de la verdadera poesía», que «no pueden sonar la una sin que la otra a la vez resuene» (1969, p. 132). Ahondando en su sentimiento respecto a la vida misma, vinculó su pensamiento más con la poesía que con la ciencia; pues las ciencias aun siendo indispensables para nuestra vida y pensamiento cumplen un fin más objetivo, por ello más fuera de nosotros, señalaba (1969, p. 110). Su filosofía, que brotaba de su sentimiento respecto a la vida misma, buscaba la finalidad y el sentido de la vida, convencido de que sin ideal no hay vida verdaderamente humana, ni para el individuo ni para el pueblo. Le interesaba buscar la verdad en la vida, reflexionar con libertad sobre ciertos problemas eternos, lejos tanto de la ortodoxia dogmatista, como del escepticismo fanático, en definitiva, de todo aquello que cierra las puertas al misterio.

¿Cómo vinculó el sentimiento de la vanidad del mundo con el amor? Admitiendo con Spinoza que la esencia de cada ser es anhelo de pervivencia por tiempo indefinido, «inmortal anhelo de inmortalidad», título del capítulo tercero y central *Del sentimiento trágico de la vida*, Don Miguel se preguntó: si todo desaparece algún día, ¿para qué todo? El joven admirador del positivismo y del idealismo, dio paso a un pasional que no encontraba consuelo alguno en las formas de pervivencia señaladas por la ciencia, «nada se destruye y todo se transforma», tampoco en las nuevas filosofías, la fe en el progreso o el eterno retorno anunciado por Nietzsche, ni siquiera en el esteticismo que hace del arte una nueva religión. El intelectual crítico del intelectualismo y de la idolatría cientificista, buscó lo inasequible y un espacio propio para el mundo del misterio, de la mística y de la poesía.

Unamuno sintió que la cuestión humana más importante era saber que será de la conciencia de cada uno después de que muramos, y observó que cuanto más se debilitaba la creencia en la inmortalidad, más se trataba de salvar la propia memoria de la nada. Es lo que veía tras la búsqueda del reconocimiento que mueve a todos los escritores y artistas, lo reconozcan a

no, mensaje central de su escrito de *Mi confesión*, sobre 1903, claro anticipo del capítulo tercero *Del sentimiento trágico de la vida*, «El inmortal anhelo de inmortalidad». Advirtió el peso y el peligro de lo que llamó erostratismo, la búsqueda de la fama a cualquier precio, pues en su exceso, convertida en enfermedad o locura, puede llevar hasta a quemar lo sagrado, como ocurrió en la leyenda que narra Valerio Máximo sobre Eróstrato. El que prendió fuego al templo de la diosa Diana en Éfeso, ejemplificaba la actitud de aquel que no repara en medios para alcanzar el fin propuesto: alcanzar la fama y el renombre si no es posible con la creación, con la destrucción. Desde entonces, Unamuno prefirió forjarse un alma, más que legar un nombre. Frente a Eróstrato, alzó la figura heroica del Quijote movido a enderezar entuertos y ayudar a los desvalidos para alcanzar inmortal fama e impulsado en el fondo por el Alonso el Bueno que llevaba dentro («Otra vez Band», 1968 b, p. 1428). En su *Vida de don Quijote y Sancho*, poema filosófico en prosa según su carta a Víctor Said de 11 de diciembre de 1904, quiso rastrear la filosofía española, líquida y difusa en nuestra literatura, en nuestra vida, en nuestra acción, en nuestra mística, más que en sistemas filosóficos (Unamuno, 1991, p. 175). Era una filosofía concreta difícil de formularse en una época que consideraba positivista, tecnicista y en el fondo materialista. ¿Cómo convencer de que la bondad era luz de clarividencia espiritual?

En la primera parte *Del sentimiento trágico de la vida*, sin callar lo que otros callan, no vaciló en llegar hasta el fondo del abismo, exponiendo el conflicto entre la razón y el sentimiento vital a propósito de nuestro anhelo de pervivencia: era el mismo pensamiento sobre el que volvía en todas sus obras de diferentes formas. Dando a la razón su parte y también al sentimiento, su anhelo de pervivir inspiró sus doctrinas más o menos poéticas, pues por donde quiera que mirara, la ciencia, la lógica y la razón desmentían y abatían los anhelos de su corazón de no morirse nunca:

Ni el anhelo de inmortalidad humana halla confirmación racional, ni tampoco la razón nos da aliciente y consuelo de vida y verdadera finalidad a ésta. Más he aquí que en el fondo del abismo se encuentran la desesperación sentimental y volitiva y el escepticismo racional y se abrazan como hermanos. (1969, p. 172)

La duda pasional de Don Miguel expresaba el eterno duelo entre la ciencia y la vida, la lógica y la biótica. En uno de sus escritos autobiográficos, constataba que cada uno de nosotros lleva dentro de sí lo que ha sido, sus yos sucesivos, y al conjuro de la más leve evocación, uno de ellos se revuelve y se agita («Pepachu», 1970, p. 356). El positivista que de joven había sido aún pervivía en él, muy a pesar suyo, pero lejos de la suspensión del juicio propia de los escépticos que no saben decidirse, su vivir fue obrar y tomar

partido. Al igual que los personajes de sus novelas, campo de experiencia de conflictos, del sentimiento trágico de la vida derivó la base de una estética y de una ética, fuente de solidaridad y hasta de progreso.

¿Y cuál es la ética de su filosofía poética? La ética de la compasión que vincula el dolor con el amor y la generosidad. El erostratismo destructor dará paso al egotismo constructor y creador de sentido que procura una vida más plena. La compasión a uno mismo, el egotismo, se extenderá a todos los vivientes e incluso lo existente y le liberará del egoísmo. El comprender que todos los hombres juntos sufrimos la común miseria del vivir es la raíz de la caridad, escribirá el 26 de octubre de 1905 a Eduardo Marquina, idea central de la ética del sentimiento trágico de la vida (1991, p. 194). El dolor compartido, la compasión, nos revelan la hermandad de todo lo existente. El lenguaje poético y el discurrir por metáforas le permitirán expresar cómo el amor personaliza cuanto ama:

Y de los demás hombres, tus semejantes, pasando por los que más semejantes te son, por tus convivientes, vas a compadecer a todos los que viven y hasta a lo que acaso no vive pero existe. Aquella lejana estrella que brilla allí arriba durante la noche se apagará algún día y se hará polvo, y dejará de brillar y de existir. Y como ella, el cielo todo estrellado. ¡Pobre cielo! (*Tratado del amor de Dios*, 2005, p. 532 y 1969, p. 191)

El canto del poeta es confesión, señalaba Unamuno, y al llevar en la mano el corazón, nos une. En su caso, une con todos y con todo, de ahí su lamento: “¡Pobre cielo!, ante la perspectiva de la estrella que se apagará. Efectivamente, mediante su filosofía poética, buscando eternizar lo fugitivo y universalizar lo local, se preguntó si es lo bello y eterno de las cosas lo que enciende nuestro amor hacia ellas, o es el amor a las cosas lo que nos revela lo bello y eterno de ellas. Así, buscó redimirse por el prójimo.

Se entiende que en una de sus conferencias advirtiera que por falta de poesía estamos enfermos, pues para don Miguel la poesía es siempre moral y tiene que ver mucho más con la creación y la imaginación que con la versificación. (Málaga, el 21 de agosto de 1905, 1971, p. 187). La poesía puede encontrarse en todas las cosas, pues si no sabemos imaginar y volver a crear lo que vemos, no sabremos dar espiritualidad al mundo sensible.

La compasión nos descubre la común fragilidad dolorosa, es el revés de las cosas que diría Albert Camus, mientras que el derecho de las cosas es el amor que nos revela lo eterno. Para Miguel de Unamuno la poesía es creación, y la ética solidaria y del cuidado de la vida que se desprende de su sentimiento trágico de la vida, conciencia de la finitud y del anhelo de la eternidad, es creación de sentido y de finalidad. Su particular rebelión ante el absurdo consistirá en crear una dirección y una finalidad a la vida, pues

creer algo de todo corazón y con toda el alma es obrar conforme a ello. Su filosofía poética declara que hay que amar para vivir; pues el alma no es sino amor, como dirá uno de los protagonistas de su novela *Niebla* (1967 b, p. 570, p. 578).

Don Miguel expresará sus máximas morales de distintas formas, verdades cordiales que orientan hacia una vida más plena. En cada una de ellas se aprecia el ideal quijotesco, tanto en su máxima: «Obra de modo que merezcas a tu propio juicio y al de los demás la eternidad, que no merezcas morir» (1969, p. 264), como en la que inspirada en su lectura del *Obermann* de Senancour, señala:

Hagamos que la nada, si es que nos está reservada, sea una injusticia; peleemos contra el destino, y aun sin esperanzas de victoria; peleemos contra él quijotesco. Y no sólo se pelea contra él anhelando lo irracional, sino obrando de modo que nos hagamos insustituibles, acuñando en los demás nuestra marca y cifra; obrando sobre nuestros prójimos para dominarlos, dándonos a ellos, para eternizarnos en lo posible. (1969, p. 267)

Para Unamuno cada hombre es único y nuestro mayor esfuerzo debe tratar de hacernos insustituibles. De este modo alcanza «una verdad práctica del hecho teórico de que es cada uno de nosotros irremplazable, y de que no puede llenar otro el hueco que dejemos al morir» (1969, p. 267). Nuestro esfuerzo por hacernos insustituibles es un cimiento de actividad que no solo lleva a cumplir religiosamente el propio oficio, sino a cumplirlo apasionadamente, ejemplarmente, cambiando los preceptos negativos en positivos, y entregándonos a los demás. Donde se nos dijo, «¡no mentirás!» debemos entender: «¡Dirás siempre la verdad!», y frente al «¡no matarás!», entenderemos: «¡darás vida y la acrecentarás!», y así en todo lo demás. Ese esfuerzo por el trabajo bien hecho aleja de la pereza que engendra dos vicios: la avaricia y la envidia, para Unamuno fuente de todos los demás (1969, p. 274).

Finalmente quisiera destacar cómo frente a los tópicos negativos sobre España, don Miguel reivindicó los valores e ideales de nuestra cultura que el resto de Europa parecía desconocer, destacando la mística y la filosofía «líquida en nuestra Literatura». Su mensaje a los jóvenes, o más bien a la juventud espiritual hispana tal como a ella se refirió en su escrito *Mi confesión*, podría resumirse en su llamada a una vida más plena, poniendo alma en todo cuanto se emprenda y apostando por una cultura del esfuerzo.

Quien había dicho «vanidad de vanidades y todo vanidad» dijo también que «nada hay nuevo bajo el sol», pero nosotros creamos, digamos y hagamos que sea todo «plenitud de plenitudes y todo plenitud» y que «todo es nuevo bajo el sol». Vivamos como en un sueño, para nosotros todo siempre nuevo, un nuevo sol, el sol de cada día, que a diario muere y nace renovado, la vida creación continua,

cada instante acabamiento y principio, cierre de eternidad y arranque de ella. Y así vivificad la rutina, poniendo en todo cuando emprendáis alma, que esta es la verdadera y fecunda seriedad. (2015, p. 46)

Leyendo y releendo su obra, como se apunta en los distintos escritos aquí señalados, se comprueba cómo la ética y estética de Miguel de Unamuno responden a sus dos grandes anhelos: de acción y de contemplación. Llevaba en sí dos hombres y no renunció a ninguno de ellos, uno guerrero y otros pacífico, según confesó en sus «Soliloquios» (1968a, p. 373): el guerrero se rebeló quijotescaamente contra el absurdo y predicó una moral heroica, y el pacífico y contemplativo buscó y recreó la poesía que puede encontrarse en todas las cosas. En definitiva, legó una filosofía que se inspira en la vida y en la acción, también en los sueños que son una forma de vida.

Como los grandes creadores, don Miguel supo condensar su mensaje con metáforas, el arma del poeta, pues si bien la vida fue el terreno que abonó su filosofía, fue la verdad práctica e ideal quien le inspiró. Así fue capaz de condensar con pocas palabras y en lenguaje poético lo que era el verdadero poeta, quizá también su propia filosofía poética: «Aunque la alondra haga su nido junto a uno u otro terreno, «su patria es el cielo y para cantar se eleva» («Discurso en la velada en honor a Gabriel y Galán, celebrado en el Teatro Bretón de Salamanca, 26 de marzo de 1905», 1971, p. 147).

REFERENCIAS²

- Unamuno, Miguel de (1967), *Obras Completas*, «Novelas», Tomo II, Edición de Manuel García Blanco, Escelicer, Madrid. (Incluye: Prólogo a *San Manuel, Bueno, mártir*, Madrid, 1932, pp. 1115-1123).
- Unamuno, Miguel de (1968a), *Obras Completas*, Tomo III, «Nuevos ensayos», Edición de Manuel García Blanco, Escelicer, Madrid. (Incluye «A mis lectores», *La Nación*, Buenos Aires, 6 de julio de 1909, pp. 391-396).
- Unamuno, Miguel de (1968b), *Obras Completas*, Tomo IV, «La Raza y la Lengua», Edición de Manuel García Blanco, Escelicer, Madrid. Incluye «Otra vez Brand», *El Imparcial*, Madrid, 5 de febrero de 1917, pp. 1426-1429.
- Unamuno, Miguel de (1969), *Obras Completas*, Tomo VII, «Meditaciones y Ensayos», Edición de Manuel García Blanco, Escelicer, Madrid. (Incluye *Del sentimiento trágico de la vida y de los pueblos*, pp. 109-302 (Las citas que aparecen en el texto se refieren a esta edición).

² Se precisan los escritos de Miguel de Unamuno referidos en el texto e incluidos en distintos volúmenes de sus *Obras Completas*.

- Unamuno, Miguel de (1970), *Obras Completas*, Tomo VIII, «Autobiografía y Recuerdos», Edición de Manuel García Blanco, Escelicer, Madrid. (Incluye: «En mi viejo cuarto», *La Nación*, Buenos Aires, 1909, pp. 261-267; «Sobre mí mismo», *Los Lunes de El Imparcial*, Madrid, 24 de noviembre de 1913, pp. 300-303; «Pepachu», publicado en *Mercurio*, EE.UU, septiembre 1915, pp. 354-356; «La evolución del Ateneo de Madrid», *La Nación*, Buenos Aires, 24 enero, 1916, pp. 367-373).
- Unamuno, Miguel de (1971), *Obras Completas*, Tomo IX, «Discursos y artículos», Edición de Manuel García Blanco, Escelicer, Madrid. (Incluye: «Discurso en la velada en honor a Gabriel y Galán, celebrado en el Teatro Bretón de Salamanca, 26 de marzo de 1905», pp. 145-148; «Las dos nubes», *La Nación*, 20 octubre de 1915, pp. 1331-1337).
- Unamuno, Miguel de (1991), *Epistolario inédito I (1894-1914)*, Edición de Laureano Robles, Colección Austral Espasa-Calpe, Madrid.
- Unamuno, Miguel de, (2005), *Del sentimiento trágico de la vida y Tratado del amor de Dios*, Edición crítica de Nelson Orringer, Tecnos, Madrid.
- Unamuno, Miguel de (2015), *Mi confesión*, Edición de Alicia Villar, 2ª edición, Sígueme, Salamanca.